

La renuncia como renovación.

```
{
Abstract: La renuncia del papa se inserta en la tradición de
renovación constante de la Iglesia. Esta peculiar acción pone de
relieve la necesidad de discernir y pensar la iglesia desde las
comunidades diseminadas por el planeta. Ellas tienen la oportunidad
de jugar un rol más activo y corresponsable en el discernimiento de
las condiciones culturales donde se vive y transmite la fe.
}
```

La renuncia del papa ha provocado reacciones bastante diversas. En el marco de una lucha de poder se le ha interpretado como derrota o como victoria. Para algunos significa un gesto de humildad y grandeza y para algunos pocos un gesto reprochable y hasta culpable.

Entre estos últimos, Erico Maria Radaelli ha argumentado que el papa no puede dimitir porque con la «papalidad» Dios otorgaría una marca indeleble que sólo él podría quitar y lo haría al morir. El papa – siempre según Radaelli– «es» papa y no puede dejar de serlo. Para este filósofo italiano que el código de derecho canónico contemple la posibilidad de renuncia papal es expresión de una contradicción, puesto que la ley positiva no puede contradir una ley metafísica. En efecto, concluye el pensador que la autodimisión del papa creará en efecto, un antipapa, un papa verdadero que no gobierna y un antipapa que gobierna. Así, con esta renuncia, la iglesia entraría en uno de sus peores siglos puesto que ella correría hacia un «naturalismo» olvidando una verdad que no es del orden del mundo. El filósofo no duda en valorar negativamente el Concilio Vaticano II –concilio en el cual se inspira el actual código de derecho canónico– como uno de los hitos donde este proceso se ha fijado. El papa, según este autor, debería retirar su dimisión y continuar ejerciendo el pontificado en la cruz, el dolor y el sacrificio; de no hacerlo, sería un pecado grave contra la virtud de la esperanza, argumenta Radaelli.

Por otra parte, los medios de comunicación, en todo su derecho, han comenzado a levantar nombres de posibles futuros papas. Así, hasta el independiente National Catholic Reporter tiene una sección llamada «El papable del día» escrita por el vaticanista John Allen. Las preguntas que intentan responder esos perfiles son predecibles: giran en torno a las capacidades de gobierno, a su óptica progresista o conservadora, a su origen georeligioso y a la capacidad de entenderse con la curia vaticana. Son perfiles ilustrativos, sin duda útiles e informativos.

Existen decenas de artículos que intentan inferir o especular sobre las razones de la dimisión papal entre las cuales se cuenta la salud, las condiciones de gobierno de la curia (vatileaks), una lucha de poder entre progresistas y conservadores o a redes de influencia y lavado de dinero.

Que se trate de una confrontación de poder no aclara en nada el asunto, aquello es indudable; desde Foucault toda análitica de las

relaciones jerárquicas o no, organizadas o no, es análisis del poder que existe únicamente en su ejercicio. De hecho, nada escapa a una confrontación de poder; el tema es tratar de identificar quiénes, donde y cómo ejercen ese poder y en qué dirección quieren mover las cosas. Esa me parece que es una de las discusiones que la teología debe dar sin esquivar que se trata de un asunto político.

Quiénes han planteado que la renuncia del papa obedece a una estrategia tienen razón. El mismo papa lo afirma cuando señala las razones de su renuncia, las condiciones en las cuales lo hace y el sentido que tiene; en otras palabras, una estrategia y está bien que lo sea, está perfecto.

<quote>

Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando. Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado.

</quote>

Me gustaría destacar tres elementos de este párrafo. En primer lugar, se distancia de quienes, como Radaelli, piensan que sólo debe ejercerse el papado en sufrimiento y oración; el papado requiere de obras y palabras que sean coherentes con el ministerio de anunciar el evangelio de Jesús, única razón de ser de la iglesia.

En segundo lugar indica que tal ejercicio debe hacerse con atención a las condiciones de la cultura. Ella siempre colocará interrogantes a la vida de las personas y si esas personas son religiosas sus creencias y convicciones se verán interrogadas y desafiadas; nada malo en ello, el punto es vivir esa fe de cara a la cultura, con honestidad intelectual, y no esquivándola. Se desprende de esta parte del texto del Benedicto XVI que hay elementos de la actual cultura que pueden «sacudir», pero no es plausible interpretar que todas las transformaciones hay que juzgarlas como negativas o contrarias a la vida de fe. Para juzgarlas de alguna manera hay que entenderlas, conocerlas, interpretarlas, estudiarlas. En fin, más que rezar y sufrir con ellas.

Finalmente, se comprende del texto que el papa ha ido sufriendo una disminución de su capacidad y que esa disminución si bien no es total (de hecho, en plena conciencia ha renunciado) se acentuará con el tiempo, por lo cual en un futuro próximo, el 28 de febrero, dejará de ejercer como obispo de Roma. Esta gradualidad, al introducir un criterio racional y transparente de evaluación en la acción pastoral de cualquier otro ministerio en la Iglesia, nos abre a un nuevo debate teológico sobre las condiciones necesarias para ejercer, por ejemplo, el episcopado. Esto tampoco es nuevo en la iglesia pues desde los primeros siglos existen listas de cualidades

que deben tener los pastores (cf. 1 Timoteo 3,1-7).

El texto papal no dice cuáles son las transformaciones, las sacudidas y qué aspectos de la vida de fe son afectadas. Me parece que esto no puede decirse de manera universal y válido para todo el planeta. La cultura europea y sus desafíos no golpea de la misma forma a las comunidades cristianas asiáticas o latinoamericanas. Me parece que ahí se sitúa el trabajo propio de la teología católica: interrogarse por cuáles son las transformaciones que está viviendo nuestra cultura, nuestra sociedad, y qué hay de bueno y espiritual en ellas. Ese es un discernimiento delicado y localizado.

En el rezo del ángelus del 17 de febrero 2013, el papa habló de conversión: «la Iglesia [...] llama a todos sus miembros a renovarse en el espíritu, a reorientarse decididamente hacia Dios, rechazando el orgullo y el egoísmo para vivir en el amor». Palabras de cuaresma que en este año particular tienen un sentido adicional dado por la labor del cónclave y las tareas del futuro papa. Con todo, no creo que haya que sobreinterpretarlas; el papa no estaba explicando su dimisión. En todo caso, aclara lo que significa discernir las transformaciones de la cultura: si ellas nos hacen más diafanamente presente el amor de Dios por los hombres, mujeres y por la tierra o si ellas, por el contrario, nos opacan aquella visión. Sin duda que aquella es una discusión amplia a la cual la teología presta oídos e interviene.

El papado está al servicio de esa misión –orientar la comunidad hacia Dios– y no de otra. Eso es lo que el evangelio quiere decir con una palabra de Jesús tan severa como: «si tu ojo derecho es ocasión de tropiezo, sácatelo y arrójalo de ti» (Mateo 5,29). Pareciera que aquello que consideramos tan «natural» y «obvio» debe ser puesto en cuestión si la caridad lo exige. Quienes han contestado la renuncia del papa porque ven en ella una debilidad de la iglesia frente a un mundo tenebroso, quienes consideran que la renuncia del papa es un hecho fatídico para la iglesia se aferran a una forma de anunciar el evangelio y no al evangelio mismo.

¿No es eso lo que el antecesor de Benedicto XVI en el papado intentó decir en una de las encíclicas menos estudiadas por los teólogos y menos difundidas por el mundo? Así lo creo. En 1995 Juan Pablo II escribió un breve texto titulado «Ut unum sint» que versa sobre la labor ecuménica de la iglesia. Al final de aquel documento, el papa reconoce que frente a la aspiración ecuménica de las comunidades cristianas, el papado debe buscar formas originales de ejercicio para poder abrirse a una nueva situación (Cf. Ut unum sint, 95). Aquel papa dijo tener claro que el ministerio papal no siempre se ha ejercido como servicio de fe y amor por lo cual solicitó explícitamente ayuda a los teólogos y pastores de las iglesias a buscar en diálogo fraterno, paciente, en la búsqueda de formas de realizarlo de ese modo. Ese llamado requiere libertad e imaginación.

El texto que acabamos de referir de Juan Pablo II es un antecedente remoto a la renuncia de Benedicto XVI: ambos reconocen que las solas fuerzas individuales no son suficientes para ejercer de buena forma el ministerio y que las circunstancias de los respectivos tiempos

históricos que viven los papas requiere de una forma siempre renovada de ejercerlo. La novedad de Benedicto XVI es que ha hecho una llamada más amplia a las comunidades cristianas del mundo.

Si es toda la Iglesia la llamada la conversión y son todas las comunidades que tienen que discernir el valor para la fe de las transformaciones que experimenta la cultura. No es una tarea de una vez, es constante y no es sencilla. Requiere, en la escucha atenta del Espíritu y de su Palabra, la concurrencia de todas las capacidades humanas. En este contexto sería esperable que los cardenales que participen del cónclave vivan una experiencia profunda de encuentro con sus comunidades, porque en su deber de oír el parecer de los fieles se juega también la fidelidad al evangelio de Jesús.

Mike van Treek Nilsson
Doctor en teología.
Académico UC